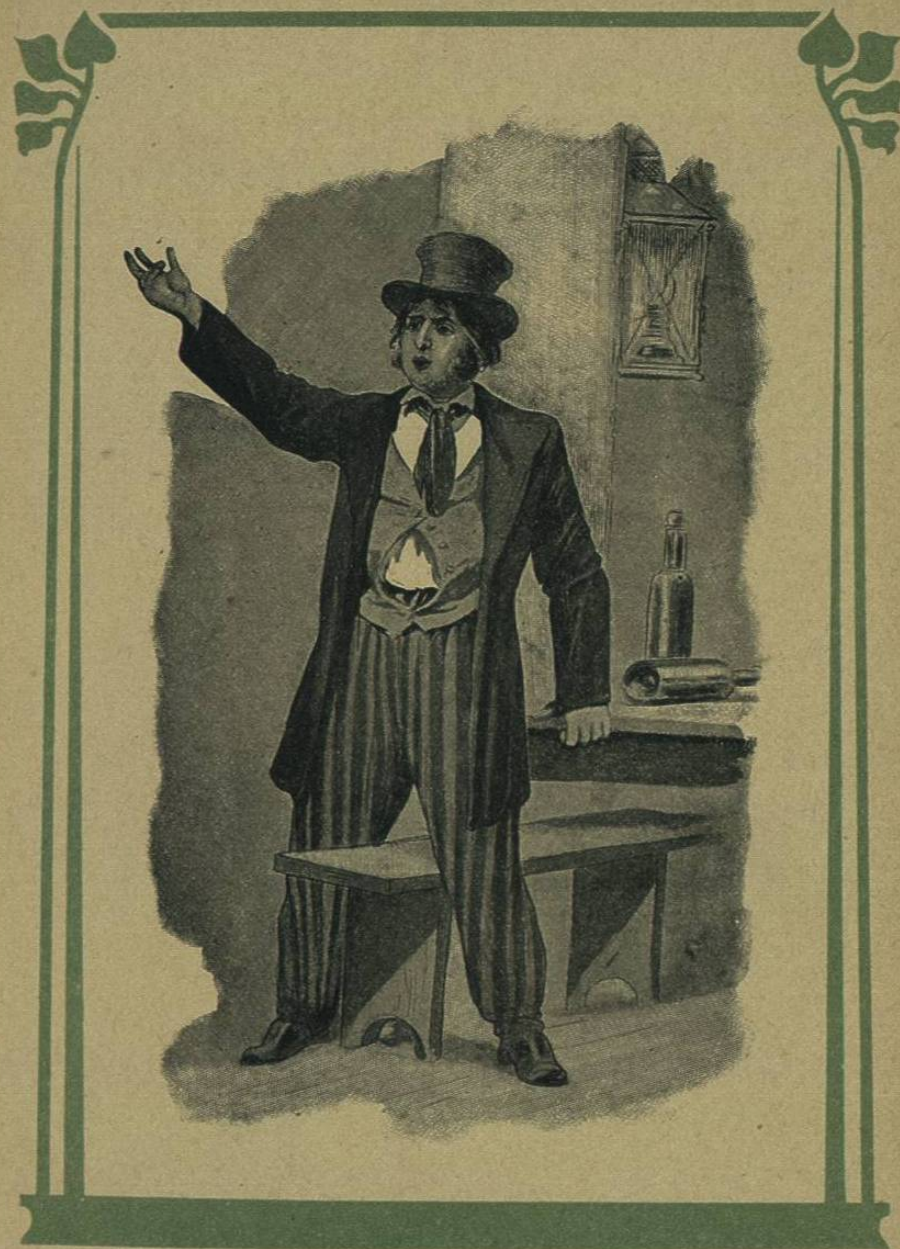


ENJOLRAS Y SUS TENIENTES

Hacia esta época, Enjolras, previendo los sucesos posibles, hizo una especie de recuento misterioso.

Todos estaban en conciliábulo en el café Musain; y Enjolras, mezclando con sus palabras algunas metáforas medio enigmáticas, pero significativas, dijo lo siguiente:

—Conviene saber dónde estamos y con quién se puede contar. Si se quieren combatientes, es preciso hacerlos. Tener con qué herir, no puede estorbarnos. Los que andan por un camino tienen más peligro de recibir una cornada cuando hay bueyes en él que cuando no los hay. Contemos, pues, el rebaño. ¿Cuántos somos? No se trata de dejar esto para mañana. Las revoluciones deben estar siempre de prisa, porque el progreso no tiene tiempo que perder. Desconfiemos de lo inesperado, y no nos dejemos coger desprevenidos; se trata de repasar las costuras que hemos hecho, y ver si están firmes; y este negocio debe quedar concluido hoy. Courfeyrac, tú verás á los politécnicos; hoy miércoles es día de salida. Feuilly, tú verás á los de la Glacière. Combeferre me ha prometido ir á Picpus; allí hay un hormigue-



Grantaire

ro excelente. Bahorel visitará la Estrapade. Prouvaire, los albañiles se entibian; tú nos traerás noticias de la logia de la calle Grenelle-Saint-Honoré. Joly irá á la clínica de Dupuytren, y tomará el pulso á la escuela de medicina. Bossuet dará una vuelta por la Audiencia y hablará con los escribanos. Yo me encargo de la Cougourde.

—Ya está todo arreglado,—dijo Courfeyrac.

—No.

—¿Pues qué falta?

—Una cosa muy importante.

—¿Qué es?—preguntó Combeferre.

—La barrera del Maine,—respondió Enjolras.

Quedóse después un momento como absorto en sus reflexiones, y añadió:

—En la barrera del Maine hay marmolistas, pintores y prácticos en los talleres de escultura. Es una familia entusiasta, pero sujeta al enfriamiento, y no sé lo que tienen hace algún tiempo; piensan en otra cosa, y se entibian; pasan el tiempo jugando al dominó. Sería urgente ir á hablarles un poco, y firme; se reúnen en casa de Richefeu, y se les encontrará allí entre doce y una. Es preciso soplar en aquellas cenizas; yo había pensado para esto en el distraído Mario, que en suma es bueno; pero ya no viene. Necesito uno para la barrera del Maine y no le tengo.

—¿Pues y yo?—dijo Grantaire.

—¿Tú?

—Yo.

—¡Tú, adocrinar republicanos! ¡Tú, volver el calor, no á principios, sino á corazones enfriados!

—¿Y por qué no?

—¿Puedes servir para algo?

—Tengo una ambición vaga,—dijo Grantaire.

—Tú no crees en nada.

—Creo en tí.

—Grantaire, ¿quieres hacerme un favor?

—Todos; hasta limpiarte las botas.

—Pues bien, no te mezcles en nuestros asuntos: bebe tu ajenjo.

—Eres un ingrato, Enjolras.

—¡Serás tú hombre de ir á la barrera del Maine! ¡Serás capaz!

—Soy capaz de bajar por la calle de Grés, atravesar la plaza de San Miguel, torcer por la calle del Príncipe, tomar la calle Vaugirard, pasar los Cármenes, volver á la calle de Assas, llegar á la calle de Cherches-Midi, dejar atrás el Consejo de Guerra, medir la calle de las Viejas Tullerías, tomar el boulevard, seguir la calzada del Maine, atravesar la barrera, y entrar en casa de Richefeu. Soy capaz de todo esto; mis zapatos son capaces de lo mismo.

—¿Conoces á esos compañeros de casa de Richefeu?

—No mucho. Nos tuteamos solamente.

—¿Y qué les dirás?

—Les hablaré de Robespierre, pardiez; de Dantón, de los principios.

—¡Tú!

—¡Yo! Pero no me hacéis justicia; cuando me pongo á una cosa, soy terrible. He leído á Prudhomme, conozco el contrato social; sé de memoria la Constitución del año Dos. «La libertad del ciudadano concluye donde empieza la libertad de otro ciudadano.» ¿Me tienes acaso por un bruto? Tengo un antiguo asignado en mi cajón. Los Derechos del Hombre, la soberanía del pueblo. ¡Demonio! Soy además un poco hebertista; y puedo estar hablando seis horas de reloj, con reloj en mano, de cosas soberbias.

—Sé formal,—le dijo Enjolras.

—Soy terrible,—respondió Grantaire.

Enjolras pensó algunos segundos, é hizo el gesto del hombre que ha tomado una resolución.

—Grantaire,—dijo gravemente,—consiento en probarte. Irás á la barrera del Maine.

Grantaire vivía en una casa de huéspedes cerca del café Musain. Salió y volvió á los cinco minutos: había ido á ponerse un chaleco á lo Robespierre.

—Rojo,—dijo entrando y mirando fijamente á Enjolras.

Y después, con un enérgico movimiento de mano, cruzó sobre el pecho las dos solapas escarlatas del chaleco.

Y aproximándose á Enjolras, le dijo al oído:

—Ten confianza.

Se puso el sombrero resueltamente, y salió.

Un cuarto de hora después, la sala interior del café Musain estaba desierta. Todos los amigos del A B C se habían ido, cada uno por su lado, á cumplir su misión. Enjolras, que se había reservado la Cougourde, salió el último.

Los de la Cougourde de Aix que estaban en París, se reunían entonces en el llano de Issy, en una de esas canteras abandonadas, tan abundantes por aquel lado de París.

Enjolras, caminando hacia aquel lugar de reunión, iba pasando revista á las circunstancias de la situación. La gravedad de los sucesos era visible. Cuando los hechos, prodromos de una especie de enfermedad social latente, se mueven con pesadez, la menor complicación los detiene y enreda, fenómeno de donde salen los derrumbamientos y los renacimientos. Enjolras descubría un levantamiento luminoso bajo los oscuros velos del porvenir. ¿Y quién sabe? El momento se aproximaba tal vez. ¡El pueblo reasumiendo el derecho! ¡Qué hermoso espectáculo! La revolución, volviendo á tomar majestuo-

samente posesión de la Francia, y diciendo al mundo: ¡Se continuará! Enjolras estaba contento. El horno se caldeaba. En aquel instante tenía una nube de amigos extendida por París; componía en su imaginación, con la elocuencia penetrante y filosófica de Combeferre, el entusiasmo cosmopolita de Feuilly, la verbosidad de Courfeyrac, la risa de Bahorel, la melancolía de Juan Prouvaire, la ciencia de Joly y los sarcasmos de Bossuet, una especie de chisporroteo eléctrico que en todas partes daba fuego. Todos á la obra. Seguramente el resultado correspondería al esfuerzo: todo iba bien. Pero esto le hizo pensar en Grantaire. —¡Calla!— se dijo,—la barrera del Maine está casi en mi camino. ¡Si yo llegase hasta casa de Richefeu! Veamos lo que hace Grantaire, y dónde está.

Daba la una en la torre Vaugirard cuando Enjolras llegó al fumadero Richefeu. Empujó la puerta, entró, cruzó los brazos, dejando caer la puerta, que le dió en la espalda, y miró á la sala llena de hombres, de mesas y de humo.

De en medio de aquella bruma salía una voz vivamente cortada por otra voz. Era Grantaire disputando con un adversario.

Grantaire estaba sentado en frente de otro, al lado de una mesa de mármol de Santa Ana, sembrada de granos de salvado, y llena de fichas de dominó, y golpeaba el mármol con el puño; Enjolras oyó lo siguiente:

—Seis doble.

—Cuatro.

—¡Diablo! No tengo.

—Estás muerto. Dos.

—Seis.

—Tres.

—Un as.

—Me toca poner.

—Cuatro.

—Difícilmente.

—Ahora tú.

—He cometido una falta enorme.

—Vas bien.

—Quince.

—Siete más.

—Con esas veintidós (pensando) ¡veintidós!

—No esperabas el seis doble. Si le hubiese puesto al principio habría cambiado todo el juego.

—Dos otra vez.

—As.

—¡As! Pues bien, cinco.

—No tengo.

—¿Has puesto tú, creo?

—Sí.

—Blanca.

—¡Tienes suerte! ¡tienes una suerte! (interrupción). Un dos.

—Un as.

—Ni cinco, ni as. Esto es bueno para tí.

—Dominó.

—Nombre de un perro.